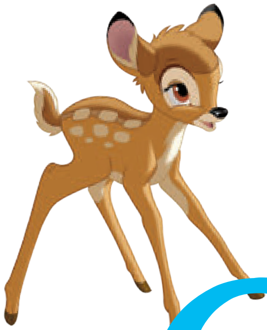
Disney

365 Cuentos clásicos

Disney



365 Cuentos clásicos

LIBROS Disney

© 2020 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados

101 Dálmatas está basada en el libro *The Hundred and One Dalmatians*, de Dodie Smith, publicado por Viking Press.
Los Aristogatos está basada en el libro de Thomas Rowe.

Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: marzo de 2020
ISBN: 978-84-9951-987-6
Depósito legal: B. 2.564-2020
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Disney
ALICIA
en el país de las
MARAVILLAS

Menú de gala

1
ENERO

Como cada martes por la mañana, el Carpintero y el señor Morsa daban un paseo para hacer la digestión. Acababan de zamparse un festín de algas asadas con crustáceos a la vinagreta, y ya estaban pensando en el almuerzo.

—¡Sugiero un estofado de momerat con salsa de espinacas! —dijo el Carpintero, a quien se le hacía la boca agua.

—No es un plato de temporada, ni tampoco refinado —dijo el señor Morsa, rechazando la propuesta.

—¡Pero si ya no existen las estaciones del año! —replicó el Carpintero—. En el País de las Maravillas, ¡diciembre es lo mismo que agosto!

El señor Morsa hizo girar su bastón con aire pensativo. Su mala fe no siempre bastaba para convencer a su amigo…

—Pues zanjemos el asunto con un menú de gala que nos complazca a los dos —respondió el señor Morsa, con una gran sonrisa en los labios—. ¡Sopa de caracoles a la canela!

El Carpintero, que detestaba los caracoles, asintió sin más. Sabía que solo se encontraban en el palacio, y a la Reina de Corazones le gustaban tanto que no los compartía jamás. Así que, como no podrían conseguirlos, el hipócrita del señor Morsa no podría hacer nada.

Cruzaron el bosque a paso tranquilo. Cuando llegaron a un prado donde unos momerats andaban muy atareados, el Carpintero se emocionó pensando en su estofado. ¿Le permitiría el señor Morsa prepararlo algún día? Hasta entonces, nunca había aceptado.

Por fin llegaron a palacio, donde el Conejo Blanco los llevó ante la Reina.

—Venimos a rogarle a Su Majestad que nos dé unos caracoles —susurró el señor Morsa.

—¿Caracoles? ¡Qué amabilidad! ¡Me encantan con mantequilla salada!

El Rey de Corazones, desde su rincón, carraspeó y le aclaró:

—No, querida. Nuestros súbditos no te traen caracoles. ¡Te piden algunos para comérselos ellos!

Ante estas palabras, la Reina enrojeció de ira.

—¿Comerse mis preciosos caracolitos? —espetó—. ¡Qué horror! ¡Que les corten la cabeza a estos criminales!

El Carpintero y el señor Morsa salieron corriendo, ¡piernas, para qué os quiero! El Carpintero había corrido un gran riesgo para que a su amigo se le quitaran las ganas de comer caracoles.

—¡Tu glotonería será nuestra perdición, señor Morsa! —se burló el Carpintero.

—En todo caso, no mientras tú estés conmigo… —dijo este, al darse cuenta del engaño del Carpintero.

Disney Pinocho

El regalo de Geppetto

2

ENERO

Un buen día, Geppetto estaba pintando un reloj en su taller cuando se le ocurrió una idea.

—¡Ya sé qué voy a hacer con el tronco que me he encontrado! —le dijo a su gato Fígaro—. ¡Una bonita marioneta!

Dejó el reloj a un lado y se puso manos a la obra. Una vez terminada la marioneta, se fue a buscar unos botes de pintura y unos retazos de tela.

—Veamos, Fígaro, ¿los ojos de la muñeca serán verdes o azules? El cabello, ¿castaño o rubio? ¿Y la ropa?

De repente oyó un ruido. Se acercó a la ventana y vio a unos niños que regresaban de la escuela, riendo a carcajadas.

—¡Cómo me gustaría tener un hijo! —exclamó con un suspiro.

Una niña caminaba tranquilamente con su madre y, al pasar junto a un grupo de niñas, las miró con aire tímido.

«Debe de ser nueva en el lugar —pensó Geppetto—. Supongo que le gustaría tener una amiga».

Asomándose a la ventana, le dijo a la chiquilla:

—Perdona, creo que necesito tus consejos…

La niña tiró de la mano de su madre y aligeró el paso en dirección a la casa del carpintero. Una invitación para visitar el taller de Geppetto, ¡qué honor!

—Mi amiga necesita que le dibuje los ojos —dijo Geppetto, señalando a la marioneta—. ¡Pero no sé qué color elegir!

—¡Verdes! —respondió la niña, tras unos instantes de reflexión.

Geppetto tomó el bote de pintura de ese color y pintó unos grandes ojos verdes en el rostro de madera.

—¿Y el cabello?

—¡Castaño! —dijo la niña, sonriendo.

Geppetto pintó con delicadeza unos rizos castaños en la cabeza de la muñeca.

—¡Necesita un vestido! ¿Rojo o violeta?

—Violeta —dijo la niña, tras echar una ojeada a su propia ropa.

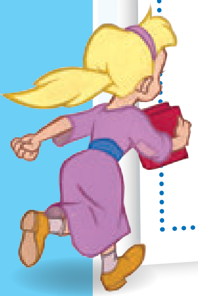
Geppetto confeccionó un trajecito violeta para la marioneta y le añadió una bonita boca sonriente.

—Una cosa más… —dijo—. Estoy todo el día ocupado en mi taller y me temo que esta señorita se aburrirá. ¿Me podrías hacer un último favor? ¿Querrías cuidar de ella?

Con la muñeca entre sus brazos, la niña salió del taller.

—¡Se lo agradezco! —dijo su madre—. ¡Sería usted un papá excelente!

Geppetto sonrió y pensó: «¡Ojalá eso se hiciera realidad!».



Disney

Bambi

El poema de Tambor

3 ENERO

Esta mañana, en el bosque,
ha nacido un principito,
en medio de un claro,
al abrigo de un arbolito.
El primero de todos en verlo
ha sido un avispado mirlo.

—¡Qué sorpresa! —exclamó.
Y rápidamente avisó
a todos los animales que halló.
A una urraca despertó,
y le dijo con emoción:
—¡Despiértate! ¡Ya llegó!
—¿Quién? —la urraca preguntó.
—¡El cervatillo ya nació!

La urraca dio la noticia
a unos blancos conejitos
que retozaban en la hierba
entre saltos, risas y gritos.

—¡Vamos a ver si quiere jugar!
—propuso Tambor con entusiasmo.
Y con sus hermanas detrás,
se fue corriendo hacia el claro.

—¡Despierte, señor Búho!
—le gritó Tambor al viejo búho,
que dormía en una rama de ciprés.
—¡Qué algazara!
¡A ver! ¡Un poco de calma!
—exclamó el búho muy poco cortés.

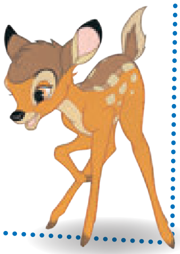
—¡Venga con nosotros!
—dijo Tambor—.
El Príncipe del Bosque
por fin nació.

Y todos los animales
echaron a andar.
Unos llevaban unas bayas
jugosas a rabiar.
Otros un puñado de hojas
más tiernas que el pan.

Los pinzones gorjeaban,
los mirlos silbaban,
las urracas cotorreaban,
y todos los animales se apresuraban,
con el corazón lleno de goce
hacia el claro del bosque.

Cuando llegaron,
Tambor se acercó a Bambi
para saludarlo.
Después se fue a buscar
brotes y dientes de león
para agasajarlo.

Y cuando anocheció,
todo el mundo se retiró
sin hacer ruido
porque el cervatillo
se había dormido.



Disney

El libro de la selva

4

ENERO

¡Nos vamos de pesca!

Baloo había llevado a Mowgli al río.

—Bueno, renacuajo —le dijo—. ¡Hoy te enseñaré a pescar como un oso!

Mowgli estaba encantado. Adoraba a su nuevo amigo. Lo único que le preocupaba a Baloo era pasarlo bien en la selva, igual que a Mowgli.

—Observa, pequeño —dijo Baloo acercándose a la orilla—. Todo lo que tienes que hacer es esperar a que pase un pez nadando y entonces… ¡Zas!

Rápido como un rayo, Baloo atrapó un pez que se retorcía en el agua.

—¡Te toca a ti!

Mowgli se sentó y se quedó inmóvil, esperando a que pasara un pez. Y de pronto… ¡Chaf! Se cayó de cabeza al agua.

—Mmm… —dijo Baloo, después de sacar a Mowgli del agua y que este se hubiera secado y recuperado—. Voy a enseñarte mi técnica número dos.

Baloo y Mowgli se acercaron a una pequeña cascada. Esta vez, cuando nadara hacia la cascada, el pez tendría que saltar fuera del agua y les sería mas fácil atraparlo. Baloo avanzó unos pasos, esperó a que un pez saltara y entonces… ¡Zas! Lo atrapó en el aire.

—¡Te toca a ti, pequeño!

Mowgli avanzó por el agua, como Baloo. Esperó a que saltara un pez y se abalanzó sobre él. ¡Chaf!

—Bueno, pasemos al plan C —dijo Baloo después de sacar de nuevo a Mowgli del agua—. Te llevaré a la gran cascada. Allí los peces te caen literalmente en las patas. ¡Solo tienes que levantar los brazos para atrapar uno!

Mowgli siguió a Baloo hasta la gran cascada. Era cierto, los peces caían desde el salto de agua. ¡Sería muy fácil!

En un abrir y cerrar de ojos, Baloo atrapó un pez, despertando la admiración de Mowgli.

—Esta vez lo conseguiré. ¡Mírame, Baloo! —exclamó Mowgli, emocionado.

Puso cara de concentración. A continuación… ¡Sorpresa! Mowgli sostenía un pez entre las manos. Pero un segundo después, el pez se le escapó y volvió a caer al agua. Mowgli se miró las manos vacías y dio un profundo suspiro.

—¿Sabes qué, pequeño? —dijo Baloo, dando un golpecito en los hombros flacuchos de Mowgli con su enorme pata—. Creo que te esfuerzas demasiado. ¡La vida en la selva no debería ser así! Debería ser divertida, alegre y despreocupada. Vámonos. En lugar de pescar, ¡vamos a sacudir un buen banano!

Y Mowgli aceptó el nuevo plan con alegría.

Disney

Aladdín

La puerta mágica

Aladdín le susurró a Jasmine:

—¡Jasmine! ¡Levántate, de prisa! ¡Está pasando algo raro!

Jasmine se percató de su inquietud y se levantó de entre los almohadones de seda. El sol matutino inundaba la alcoba.

—¿Aladdín? ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Yo sí, pero mira a tu alrededor…

—¡Caramba! —exclamó Jasmine, saltando de la cama.

La joven pareja contempló con sorpresa el aposento. No faltaba nada, ¡pero todos los muebles estaban del revés! El día anterior, mirando desde el balcón, la ciudad de Agrabah quedaba a la derecha, ¡no a la izquierda! Jasmine corrió hasta el gran espejo de cuerpo entero que Aladdín le había regalado la noche anterior.

—¡Mi lunar está ahora en la otra mejilla!

—Y yo… ahora soy zurdo… —comentó Aladdín—. Esto me da mala espina…

—¡Aladdín! ¿Y si se trata del espejo?

El muchacho lo examinó. Instalado contra una pared, adornado por un marco de oro cincelado, le pareció incluso más bello que cuando se lo compró a aquel extraño mercader ambulante, que se jactaba de su perfección.

—Tendría que haber desconfiado… —murmuró.

En ese instante, Abú, encaramado a su hombro, saltó sobre el espejo… ¡y lo atravesó como si fuera un lago cristalino!

—¡Pero bueno! —exclamó Jasmine—. ¡Abú ha pasado al otro lado del espejo!

—¡Sigámosle! —decidió Aladdín.

Tomando a la princesa de la mano, avanzó hacia su reflejo. En lugar de chocar, se hundió en él y, en un abrir y cerrar de ojos, Jasmine y Aladdín se encontraron junto a Abú.

—¡Uf! Todo vuelve a estar en el lugar correcto —dijo Aladdín con un suspiro de alivio—. Supongo que este espejo es una especie de puerta…

—Ya entiendo… —razonó Jasmine—. Ayer nos acostamos en medio de la oscuridad. ¡Debimos de atravesar el espejo sin darnos cuenta!

—¡Buenos días! —exclamó de pronto el Genio.

—¡Buenos días! ¡Acabamos de tener una extraña aventura! —le contó Aladdín.

—¡Oh, creo que ya sé de qué se trata! —dijo el Genio—. La Puerta de los Sueños se encuentra en vuestro poder. Creía que había desaparecido hacía siglos… ¡Estupendo! Si algún día tenéis un problema, siempre os podréis refugiar en el otro lado. Solo el propietario de esta puerta y sus allegados pueden utilizarla. Para los demás, no es más que un simple espejo.

—¡Otro hallazgo maravilloso de Aladdín! —apostilló Jasmine, con una sonrisa radiante.

6

ENERO

Disney

ROBIN HOOD

El día de Reyes

Hoy es el día de Reyes. Todo el mundo come roscón de mazapán ¡y quien encuentra la figura es el rey! En el castillo, el príncipe Juan y *sir* Hiss se lo están pasando de maravilla.

—Una parte para ti y tres para mí —dice el avaricioso soberano, mofándose, mientras corta los roscones.

—¡Así vos tenéis más probabilidades de encontrar la figura! —le reprocha *sir* Hiss.

—Es el día de Reyes, ¡no de las viles serpientes! —le contesta el príncipe Juan.

Pero la situación en la aldea es muy distinta. El fraile Tuck visita a los más necesitados y constata que ninguno de ellos puede celebrar el día de Reyes.

—Las almendras para el mazapán son muy caras —le explica una aldeana.

—¡Y el *sheriff* vino ayer a recaudar más impuestos! —le dice un hombre a Robin Hood—. ¡Ni siquiera tenemos para comprar una libra de alubias!

La banda de Robin decide actuar sin tardanza.

—¡Al castillo! —ordena Robin.

Mientras tanto, el príncipe Juan y *sir* Hiss, ya saciados, digieren los trozos de roscón que se acaban de zampar. La serpiente ronca feliz, mientras el soberano admira las figuras que ha encontrado…

—¡Habas de oro! —exclama contento, mientras las lleva a la sala del tesoro—. ¡Qué gran idea! Cuantas más tengo, mejor me siento…

De hecho, se siente tan bien que se sube a la montaña de oro y se adormece chupándose el dedo. Ni se imagina que Robin Hood lo está vigilando desde una esquina de la ventana.

—¡Vía libre! —grita Robin a sus compañeros.

Todos entran a hurtadillas en la sala. El guardia, apostado al otro lado de la puerta, no se da cuenta de nada. De pronto, el príncipe Juan se agita un poco… Robin hace una seña a sus amigos para que no se muevan. Cuando el príncipe vuelve a roncar, nuestros queridos ladrones se disponen a llevar a cabo su cometido.

—Dos sacos por persona, con eso basta —susurra Robin.

Antes de marcharse, se acerca al príncipe Juan y coge un saquito que tiene justo detrás… ¡Es el de las habas de oro!

Cuando los ladrones regresan a la aldea cargados de sacos de oro, ¡todo el mundo los recibe con los brazos abiertos! Los aldeanos preparan roscones, se los comen todos juntos y se maravillan ante las habas tan especiales que les ha traído Robin…

—¡Esto sí que es un día de Reyes! —dice Robin, riéndose a carcajadas al encontrarse un haba de oro en su trozo de roscón… ¡y al imaginar la cara que habrá puesto el príncipe al despertarse!

101 DÁLMATAS

Muchas gracias por la ayuda

7 ENERO

Cómodamente instalados en un establo calentito y agradable, había noventa y nueve cachorritos agotados y hambrientos. Por turnos, bebían la cremosa leche de unas vacas muy generosas.

—Casi habíamos perdido la esperanza de veros aquí —les dijo Collie, el amable perro pastor, a Pongo y Perdita, que acababan de llegar con los pequeños.

—Os estamos muy agradecidos por vuestra hospitalidad —murmuró Perdita, extenuada.

—Fijaos en estos pequeñuelos —dijo una de las vacas—. Jamás había visto tantos cachorros juntos.

Pongo, Perdita y los cachorros habían recorrido un largo y agotador camino con un tiempo muy frío. Era tarde, y a los cachorros que todavía no habían tomado leche les costaba mantener los ojos abiertos.

Horacio y Gaspar, los dos terribles esbirros de Cruella, los habían secuestrado, pero por suerte Pongo y Perdita habían conseguido salvarlos por los pelos. Al menos ahora no acabarían siendo abrigos de piel. ¡Eso seguro!

Los cachorros, ya satisfechos, rodearon al perro de la granja y se pusieron a ladrar para darle las gracias.

—De nada, pequeños, de nada —les respondió el gran perro pastor con una sonrisa.

—¿Aquí cenáis leche todos los días? —preguntó Rolly.

—No, pero sí aprovechamos los productos locales y estoy seguro de que son más nutritivos que vuestras comidas enlatadas. ¡Como debe ser! Nuestros trabajadores necesitan alimentos sustanciosos.

—¿Y siempre hace tanto frío en el campo? —le preguntó Patch.

—¡No, no siempre! —respondió Collie—. Supongo que muchos de vosotros venís de la ciudad. Hay muchas diferencias entre la vida de campo y la vida de ciudad. Por ejemplo, el collar. Aquí los perros no llevan collar. Tienen espacio para correr y deambular por donde quieran. No hay tantos perros aquí como en vuestra ciudad, pero sí muchos otros animales que viven en libertad y que nunca veréis en vuestras calles, como vacas, corderos, caballos, gansos…

De repente, Collie se calló. Había oído un pequeño ronquido. Echó una ojeada a su alrededor y se dio cuenta de que todos los cachorros, e incluso Pongo y Perdita, estaban profundamente dormidos.

—Pobrecitos —murmuró—, el viaje ha sido muy duro. ¡Ojalá puedan estar pronto de vuelta a casa con sus fieles compañeros!

Disney Pinocho

ENERO 8

Pinocho ayuda a su papá

El día anterior, el Hada Azul había acudido a casa de Geppetto y había dado vida al muñeco de madera.

—¡Qué feliz soy! ¡No acabo de creerme que mi marioneta esté viva! —exclamó el anciano, lleno de alegría—. Pinocho, pequeño, ¡tienes que prepararte para ir a la escuela!

—¿Por qué tengo que ir a la escuela, papá? —le preguntó Pinocho.

—Para estudiar —le respondió—. Entretanto, sé un niño bueno y hazte la cama mientras yo friego los platos.

Deseoso de ayudar a su padre, Pinocho se levantó de la mesa y se dirigió al banco de trabajo de Geppetto. Cogió un martillo, un clavo y un trozo de madera y se puso a dar martillazos.

—¡Pinocho! ¿Qué haces? —exclamó Geppetto.

—Me has dicho que me haga la cama, ¿no? ¡Pues estoy tratando de construirme una de madera!

Geppetto le dio una palmadita afectuosa en la cabeza.

—Veamos, en lugar de ello, ¿por qué no sacas al gato? —le dijo.

Pinocho corrió al fregadero y llenó una jarra con agua… que echó sobre la cabeza de Fígaro.

—¡MIAAAUUUUU!

—¡Pinocho! —gritó Geppetto—. ¿Qué modales son esos?

—¿No me has dicho que sacara al gato? ¡Fíjate cómo corre hacia la puerta!

—Hijo mío… ¡tienes mucho que aprender! —dijo Geppetto con un suspiro—. Bueno, para hacer algo útil, antes de ir a la escuela podrías ayudarme a arreglar un poco la casa.

—¡Enseguida, papá! —le respondió Pinocho. Y salió corriendo a la calle.

—Pero ¿a dónde va? —se dijo Geppetto en voz alta mientras iba tras él.

Encontró a Pinocho sentado frente a la casa, intentando reparar la escalera.

—¿Qué haces?

—¡Estoy intentando arreglar la escalera, papá! —le contestó Pinocho.

Geppetto le sonrió con ternura y lo hizo entrar en casa.

—Hijo mío, me parece que será mejor que te vayas ahora mismo a la escuela. ¡Tienes mucho que aprender! —le dijo.

Después de ponerle un sombrero y de darle un libro, además de una manzana para el maestro, lo acompañó hasta el umbral.

Mientras observaba cómo se alejaba en dirección a la escuela, Geppetto hizo un gesto de preocupación con la cabeza.

«Espero que hoy no haga ninguna tontería —se dijo—. ¡Mi pobre hijito tiene tantas cosas que aprender!».

Disney Princesas

La Bella Durmiente

¡Qué difícil es elegir!

Las hadas Primavera, Fauna y Flora habían criado a Aurora con mucho cariño, y ahora la joven se preparaba para casarse con el príncipe Felipe. Por supuesto, las Tres Ilustres Hadas pidieron permiso para organizar la ceremonia.

—Será un honor —aceptaron de buen grado el rey y la reina—. La boda tendrá lugar dentro de un mes.

Las hadas se echaron a reír: ¡un mes! ¡Era mucho más tiempo del que necesitaban! Pero tenían prisa por empezar. Esa misma tarde confeccionaron una lista de las cosas que tenían que hacer… ¡y que no debían olvidar de ninguna manera!

—Hay que pensar en las invitaciones —comentó Flora.

—Y en el ramo de la novia —añadió Fauna.

—Y en el pastel —recordó Primavera.

Por supuesto, el baile sería espectacular. Tendría la mejor orquesta de la región y unos fuegos artificiales creados especialmente para la ocasión.

—¡Y no olvidemos el vestido de novia! —exclamó de pronto Flora—. ¡Nuestra princesita tiene que estar radiante!

A la mañana siguiente, las hadas madrinas de Aurora decidieron concretar un poco más sus planes. Había tantas flores hermosas con las que podían hacer el ramo… ¿Cuáles elegir?

—Tenemos tiempo de sobra —comentó Primavera—. Por ahora ocupémonos de las invitaciones.

Pero había tantos papeles, y de colores tan bonitos… ¿Cuál elegir?

—Ya lo decidiremos después —dijo Fauna—. Ocupémonos del pastel.

Pero había de vainilla, de fresa, de nata montada, de chocolate… ¿Cuál elegir?

Entre una cosa y otra, transcurrió un mes… ¡y aún no tenían nada listo! Qué vergüenza para las hadas: el mismo día de la boda tuvieron que recurrir a la magia. Pero todo resultó tan precipitado que la magia se aceleró: el pastel medía diez metros de alto, las invitaciones estaban escritas del revés, la cola del vestido atravesaba todo el bosque…

—No nos pongamos nerviosas —espetó Flora—. ¡Usemos el hechizo mágico de la última oportunidad!

Con un golpe de varita mágica, las hadas hicieron retroceder el tiempo. El reino retrocedió un mes, ¡y nadie se dio cuenta de nada!

—¿Van bien los preparativos, queridas hadas? —les preguntó la reina.

—Van muy bien —aseguraron las tres al unísono—. Siendo nosotras las encargadas, ¡todo estará a punto a tiempo!